



ANÉCDOTAS DE LA GUERRA DE YUGOSLAVIA. 1995

Félix ANGLADA MONZÓN



Introducción



URANTE la guerra que se desarrolló en la antigua Yugoslavia hubo cientos de anécdotas vividas por soldados españoles. Algunas son conocidas y otras, las más, sólo constan en la memoria del interesado y, como mucho, en su Hoja de Servicios. Fueron muchos y terribles los bombardeos en la Guerra de Yugoslavia, como los de Sarajevo, Belgrado, Knin, la bella y rústica Dubrovnik y el terrible bombardeo de Bukovar, donde no se tuvieron en cuenta los hospitales, ni a la «respetada» Cruz Roja, ni a la población civil.



El caso que me propongo relatar es un percance o curiosidad y la segunda anécdota que publico de algo que me sucedió durante los seis meses que viví inmerso en una guerra. Entonces, allá por el año 1995, el que suscribe era comandante de Infantería de Marina, destinado en la Guardia Real. Siempre fue para mí una aspiración profesional participar en un conflicto bélico, o si eso, gracias a Dios, no era posible, estar cerca del campo de batalla como observador, ayudando en la pacificación de las partes enfrentadas en el marco de la ONU o la OTAN. Por fin, satisfacción y deseo cumplidos. En esas fechas estaba en plena efervescencia el conflicto de la ex Yugoslavia entre serbios, croatas, bosnios, eslovenos, monte-

negrinos y macedonios, que profesaban tres religiones diferentes: ortodoxa, musulmana y católica. Mezclamos las nacionalidades, las religiones y las etnias y nos saldrá la Guerra de Yugoslavia de 1991-1998. Para más *inri*, el caldo de cultivo era haber salido de la desintegración de un país comunista que gobernó con mano de hierro el general Tito durante varias décadas. Gracias a todo ello me surgió la posibilidad de ser nombrado observador de Naciones Unidas para la antigua Yugoslavia; el popular y coloquial casco azul. La ONU, a través de UNPROFOR, UNCRO, UNPREDEP, UNTAES y UNMOP continuó la misión de paz que no pudo finalizar la Comunidad Europea CE/UE con los observadores de la ECMM (*European Community Monitoring Mission*), los llamados popularmente «lecheros» porque iban uniformados de blanco, con casco y zapatos blancos, uniforme nada práctico y muy delicado para un observador metido de lleno en una guerra. Finalmente la pacificación la asumió la OTAN por medio de la IFOR/SFOR. El 30 de junio de 1999 la misión de SFOR finalizó su mandato, asumiendo la OTAN que había que mantener una fuerza multinacional y una nueva operación, que fue denominada JOINT FORGE y en la que participaron 26 países (17 OTAN y nueve no OTAN).



Estando aún en España, mientras recogía y preparaba el equipo especial para la misión (chaleco antibalas, casco, botiquín, prismáticos, brújula...) y andaba liado con la multitud de papeleo, vacunas, pasaporte diplomático etc., comenzó la historia que les voy a contar.

Lanzamiento de cohetes sobre Zagreb (Croacia)

Desde el principio de la guerra de los Balcanes, Bosnia Herzegovina (BH) fue un auténtico polvorín. Había tres bandos enfrentados: la población serbo-bosnia apoyada por Belgrado, las milicias musulmanas y los bosnio-croatas. También tuvieron su incidencia los serbios de la autoproclamada independiente República Serbia de la Krajina, con capital en Knin. El día 2 de mayo de 1995 fuerzas serbo-bosnias, quizá con ayuda de rebeldes serbios de la Krajina, lanzaron once cohetes desde el norte de Bosnia sobre la capital de Croacia, Zagreb. Nunca tales lanzamientos fueron reivindicados y nadie se adjudicó su autoría. La realidad es que tal acción era impopular ante los ojos del mundo, aunque para algunos exaltados de alguno de los bandos enfrentados eso era lo que menos les importaba. El lanzamiento de cohetes los días 1 y 2 de mayo era, aparentemente, una represalia de las fuerzas serbias de BH contra el Ejér-

cito croata, con el trágico balance de siete civiles muertos y 175 heridos. Los malditos y «cobardes» cohetes cayeron sobre casas, calles y plazas de la capital, alcanzando a ciudadanos que iban al trabajo, paseaban o simplemente descansaban de una guerra que duraba ya cuatro años. Alguno cayó sobre el aeropuerto, pero con otras intenciones. Los once cohetes impactaron en pleno centro de Zagreb y a hora punta. Su objetivo evidente era causar el máximo terror y el mayor número de bajas entre la población civil.

Eran las cinco de la tarde del día 2 cuando una estridente sirena avisaba del fin del bombardeo. La gente dejó de correr, abandonaba los refugios y volvía la tranquilidad, cuando un toque de sirena más prolongado advertía de nuevo del riesgo inminente de bombardeo. A esa hora, las doce de la mañana, se producía el segundo ataque de los rebeldes serbios en apenas dos días contra el corazón de su gran enemigo. Entonces, 11 proyectiles cargados con pequeñas bombas de fragmentación alcanzaban la capital de Croacia, de un millón de habitantes, mataban a un policía y herían a otras 60 personas. Era un duro balance entre muertos y heridos en dos días. Los impactos de los cohetes Orkan, disparados desde sus lanzaderas móviles en zonas a menos de 60 kilómetros de Zagreb, volvieron a sembrar el pánico en la capital. Uno de los proyectiles abrió un cráter de dos metros junto al Teatro de la Ópera Nacional, en pleno centro. Su onda expansiva destrozó una claraboya y la lluvia de cristales hirió a 24 bailarines extranjeros que estaban de gira, a cinco de ellos de gravedad. Fuentes hospitalarias señalaron que un británico se debatía entre la vida y la muerte. Cerca del teatro, en la céntrica plaza Gjure Dezelica, la metralla arrasaba una terraza al aire libre. Uno de los clientes del bar se arrastraba con el abdomen perforado buscando refugio entre los escombros. Otro cohete cayó en el patio de un hospital pediátrico e hirió a seis personas, familiares de los niños ingresados.

El aeropuerto de Zagreb-Pleso permaneció cerrado por miedo a que se repitiese la situación del día anterior, cuando al menos dos Orkan serbo-croatas cayeron cerca de las pistas. Fue un mazazo para Croacia, que vio amenazada físicamente su capital por BH desde el propio territorio bosnio. Croacia, a través de su ministro de Asuntos Exteriores, afirmó que su país no iba a responder militarmente a estos bombardeos serbios, en un esfuerzo internacional para detener este nuevo foco de guerra en los Balcanes. Fue además un hecho único y sin precedentes, y por suerte no se volvió a repetir. ¿Por qué los serbios bombardearon Zagreb? Se dice que como represalia militar por la reconquista de territorios del Ejército croata en la región de Eslavonia Occidental durante la Operación FLASH. Tampoco hubo confirmación oficial.

¿Qué incidencia tuvo este lanzamiento de cohetes en nuestra historia? Pues resulta que el punto de entrada en Yugoslavia del Equipo de Observadores Militares Españoles era precisamente Zagreb. Y lo primero que hizo Croacia fue denunciar los hechos ante Naciones Unidas, y lo segundo, pero lo más importante para mí, fue cerrar el aeropuerto internacional de Pleso de dicha

capital. Así que, sin salir de Madrid, el grupo de oficiales españoles nos veíamos abocados a no poder cumplir nuestra misión de Naciones Unidas. No hay vuelos a Zagreb; no podemos salir. Finalmente, nuestra compañía aérea, Swiss Air, nos promete un vuelo a Zurich, enlace en avión a Ljubljana (Eslovenia) y el trayecto de Ljubljana a Zagreb, de apenas 200 kilómetros, en autobús. Eslovenia casi no estuvo en guerra; su conflicto con la todavía Yugoslavia duró diez días, y finalmente obtuvo una hábil independencia, rodeada de países hermanos en guerra. De los nuevos países surgidos en los Balcanes se puede considerar a Eslovenia como el más estable de todos.

Una acción puntual, como el bombardeo de una ciudad, Zagreb en este caso, puede dar al traste con una misión de Naciones Unidas e impedir que un grupo de observadores que han sido seleccionados (imprescindible inglés) y preparados para ello (aptos en el Curso de Observador) puedan llevar a cabo su cometido.

Vuelo Zurich-Ljubljana

Finalmente el 3 de mayo obtenemos el *placet* y volamos con rumbo incierto a Yugoslavia. Hasta Zurich fue un vuelo completamente normal, con turistas, hombres de negocios, familias con niños y los siete observadores españoles. Volábamos en la mejor compañía aérea suiza y los servicios y atenciones que recibíamos eran de primar orden, como en España. Pero nos acercábamos a la zona de guerra y, al cambiar de avión y de compañía, algo varió. Para empezar, los controles de seguridad fueron durísimos y nos pidieron la documentación hasta cinco veces; y eso que como observadores viajábamos con pasaporte diplomático. Se notaba psicosis de guerra. Las policías europeas veían ex soldados y militares por todas partes, e incluso temían el tránsito de mercenarios y de los temidos espías. Todo empezó a cambiar de verdad cuando nos informaron que Swiss Air no volaba a Eslovenia y que el vuelo sería en la compañía croata Croatian Air, compañía nueva surgida de la desmembración de Yugoslavia. El avión se veía viejo y el servicio de las azafatas escasito, por no decir nulo. El «pelaje» de los pasajeros varió muchísimo: militares de uniforme, otros que se veía que eran militares pero iban de paisano, civiles sin identificar y los siete observadores «novatos» españoles (de paisano). Las «pintas» eran muy variadas: mucho barbudo, otros sin afeitarse, algunos con aire misterioso y otros mal encarados. En definitiva, había gente «rara». No había familias y por supuesto ni un niño. Fue un vuelo corto y a nuestra llegada a Ljubljana ya se notaba que estábamos muy cerca de la guerra. El aeropuerto estaba militarizado y había más presencia de policía militar que de policía normal. Los controles se endurecieron aún más, y encima con malas caras por tener derechos especiales debido a nuestro pasaporte y ser observadores de la ONU. En la aduana nos abrieron todas las maletas y

petates con nuestro equipo militar y personal, aun gozando de inmunidad por nuestro pasaporte diplomático, categoría de servicio. Muy lentamente, al fin, pasamos la exigente aduana.

Autobús Ljubljana-Zagreb

Una vez pasada la aduana, unas azafatas nos fueron preguntando si teníamos interés en continuar el viaje en autobús hasta Zagreb. Por supuesto, los siete UNMOs españoles éramos los primeros de la fila. Repartieron a los pasajeros en dos autobuses, y después de dos horas de inexplicable espera (nadie nos dio la más mínima razón) partimos al fin de la capital eslovena rumbo a nuestro destino final: Zagreb.

La carretera, excepto las autovías de salida y llegada a ambas capitales, era una nacional de sólo dos calzadas, una vía mal cuidada y con baches, alguno de ellos producto de algún proyectil yugoslavo perdido. Estaba atardeciendo y no sabíamos cuánto tiempo tardaríamos en recorrer los aproximadamente 200 kilómetros que separaban Ljubljana de Zagreb. La salida de la capital eslovena fue tranquila, con tráfico lento, no muchos coches y muy poca gente por las calles. Ya en carretera, nuestros dos autocares circulaban a unos 80 km/h, con lo que nos dio tiempo a observar el precioso paisaje de las verdes campiñas eslovenas.

Este nuevo país surgido de la partición de Yugoslavia es pequeño y muy montañoso, con menos de dos millones de habitantes, de población étnicamente homogénea (91 por 100 de eslovenos), frontera con Austria, Croacia, Hungría e Italia. Al que más se parece de sus vecinos es a Austria. Una de sus principales fuentes de ingresos es el turismo, sobre todo el de invierno, ya que dispone de muy buenas estaciones de esquí. Tras conseguir la independencia, Eslovenia estableció la estructura de un estado democrático. Desde entonces ha trabajado para anclarse en el mundo occidental. Su objetivo principal ha sido integrarse en una amplia gama de organizaciones internacionales, especialmente las consideradas esenciales para el desarrollo económico: el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Además, ha intentado mejorar su seguridad haciéndose miembro de organizaciones tales como la ONU y la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE). Fue admitida en el Consejo de Europa y posteriormente se integraría en la Unión Europea (UE) y en la OTAN.

Transcurría nuestro viaje con precaución, pero plácidamente, por las verdes campiñas eslovenas, cuando nos detienen en un puesto de control de carretera. Hay cierto sobresalto inicial, sobre todo cuando suben cinco policías a nuestro autobús. No les entendemos, ya que hablan serbo-croata, aunque intuimos que sólo quieren identificarnos. Enseñamos nuestros pasaportes, y sin novedad. Algún pasajero del bus tiene problemas con la policía; no sabe-

mos de qué tipo, pero finalmente se soluciona y continuamos viaje. A medida que nos acercamos a la frontera con Croacia el paisaje cambia y nos aproximamos a zona de guerra. Se ven algunas unidades militares y algo más de policía. Y al estar anocheciendo, nadie por la calle.

La aduana de la frontera está tomada por las policías militar y civil. Nos hacen bajar a todos de los autobuses para control de pasaportes y otros trámites. Los Cascos Azules pasamos sin novedad, pero otra vez un par de «yugoslavos» tienen pegas con la policía. Discusiones y algunas voces, pero finalmente les visan los pasaportes y podemos continuar el viaje.

Nada más pasar la frontera y entrar en Croacia cambia totalmente el panorama. Croacia sí que está en guerra con BH, Serbia, la República serbia de la Krajina y Eslavonia oriental. Hay muchos más puntos de control y la presencia del Ejército es «excesiva». Nos cruzamos con unidades militares a pie y en vehículos, incluso con un columna de carros de combate croatas de procedencia rusa (vendidos por la antigua Alemania oriental) y otra unidad moto-mecanizada con blindados para transporte de tropas. La actividad militar se puede palpar.

Ya no tuvimos más incidentes dignos de reseñar, salvo otro punto de control muy cerca de Zagreb, que fue de verdad el último de este viaje. Una



vez allí, la situación fue normalizándose y en la capital de Croacia no parecía que su país estuviese en guerra. Tras alojarnos en un hotel próximo al Cuartel General de la ONU, y después de una merecida ducha, nos fuimos a cenar a un restaurante típico. Pero antes teníamos que ver las huellas de los cohetes y granadas que casi nos impiden venir a Yugoslavia. En efecto, localizamos en una plaza de Zagreb, la Gjüre Dezelica, los impactos en el pavimento y aceras. Todo estaba bastante limpio y recogido; sólo quedaban pequeños cráteres que estaban siendo reparados con diligencia.

Ésta es la historia de unos cohetes que cayeron en una gran ciudad, Zagreb, capital de Croacia, y sus daños colaterales.

Recuerdos de compañeros internacionales

Han pasado doce años desde mi misión en Yugoslavia y recuerdo perfectamente los nombres de todos mis compañeros, aquellos que en los buenos y malos momentos fueron eso, «compañeros». Éramos de distintas naciones, cuerpos y ejércitos, de distintas escalas, diferente educación, cultura, religión y raza. Y en honor a ellos he de decir que en seis meses no hubo el menor problema. Dicen que la adversidad —la guerra en este caso— une; creo que es cierto. De los 19 UNMOs, sólo dos eran tenientes coroneles: el brasileño y el neocelandés; el resto éramos comandantes, menos el inglés y el noruego, que eran capitanes.

Mi primer jefe, el mejor jefe de equipo de observadores, el comandante Reijo Kuutti (Finlandia); el resto de amigos: el simpático Joseph Michie y el rústico Daniel Bartonjo (Kenya), el prusiano Roy Stegeman y el veterano Jog Goven (Holanda), el periodista Peter Marti (Suiza), el experto en cerveza Pavel Komper (Chequia), el enigmático Hani Rashed (Jordania), el deportista Henrik Laegteskov (Dinamarca), el super *marine* Alfonso Ribeiro Cléber (Brasil), el tranquilo Ahmed Muneer y el musulmán Kamrul Islam (Pakistán), el casi inglés Neville Reilly (Nueva Zelanda), el casi espía Alexander Chernetky (Rusia), el capitán de corbeta africano Samuel Mensah (Ghana), el cerebral Kari Anttila (Finlandia), el resolutivo Richard Head (Gran Bretaña) y el experto Thor Munkelien (Noruega).

También es de justicia recordar a nuestras intérpretes serbias Duska Babic (controlador aéreo), Sandra Bibic (profesora) y Olga Ivanovic (estudiante), las cuales tuvieron que huir a primeros de agosto de 1995 a Bosnia Herzegovina o a Serbia a consecuencia de la victoria militar de los croatas en la Krajina del Sur. Los croatas arrasaron con todo lo serbio: iglesias ortodoxas, personas, casas... por lo que nuestras intérpretes se vieron obligadas a huir a zonas serbias para salvar la vida. Era la llamada «limpieza étnica», inventada por el general Joseph Tito y que emplearon su sucesor Slobodan Milosevich, el serbo-bosnio Radovan Karadzic y el croata Franjo Tudman. Gracias a todos, observadores e intérpretes.

Colofón

Ésta es la pequeña historia de un pequeño bombardeo que este observador vivió durante la guerra de Yugoslavia en 1995, en la que los protagonistas fueron unos cohetes serbo-bosnios que actuaban como bombas de fragmentación, que lanzados por fuerzas serbias o bosnias cayeron en una ciudad, Zagreb, capital de Croacia, y de sus «daños colaterales». Posiblemente desde la Segunda Guerra Mundial sea éste el último bombardeo (aunque en mucha menor escala) en que se haya visto afectada una gran capital europea.

Lamentablemente éramos sujetos pasivos en una guerra que continuamente producía víctimas, civiles y militares, y sentíamos la impotencia de no poder hacer nada para evitar tamaña catástrofe. Esperemos que los Balcanes dejen de ser, tristemente, alguna vez el famoso «polvorín».

Qui desiderat pacem, praeparet bellum («Si quieres la paz, prepara la guerra»).

Flavius Vegetius Renatus, *Epitoma Rei Militaris*, 3.



BIBLIOGRAFÍA

Carta de las Naciones Unidas.

El contingente español en la antigua Yugoslavia: Manual de área. Estado Mayor del Ejército (División de Inteligencia), marzo 1999.

Nordic U. N. Stand-by Forces.

NORDSAMFN, edición 1993.